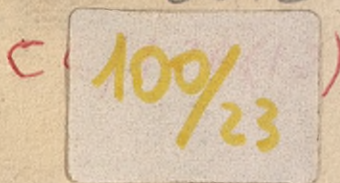


FA. Fall 005.829

10.
—

CC12



DISCURSO

SOBRE LA INTRODUCCION

DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO

EN ESPAÑA.



R 41977

DISCURSO

DE LA REPRESENTACION

DEL COMERCIO REPRESENTATIVO

EN ESPAÑA



DISCURSO

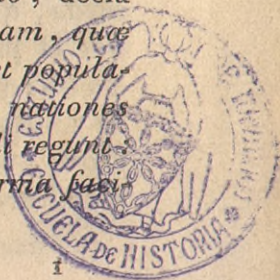
SOBRE LA INTRODUCCION

DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO EN ESPAÑA.

¿PUEDE convenir á España un gobierno mixto ,
parlamentario , ó como hoy se dice comunmente ,
representativo ?

Se ha dado por cosa sentada que Cíceron y Tácito divisaron nuestras *monarquías* representativas; y que el primero ponderó su excelencia; y el segundo, despues de alabarlas, se desconsoló con el pensamiento de que nunca podrian llegar á tener lugar, ó por lo menos á ser duraderas. *Statuo*, decia aquel, *esse optimè constitutam rempublicam, quæ ex tribus generibus illis, regali, optimo, et populari, modicè confusa* (1). Y Tácito: *Cunctas nationes et urbes populus, aut primores, aut singuli regunt, delecta ex his et constituta reipublicæ forma faci-*

(1) Fragment.



liùs laudari quàm evenire ; vel si evenerit , haud diuturna esse poterit (2).

Conviene no obstante advertir que los antiguos no conocieron *democracia* alguna , en que el pueblo no concurriese en persona á los comicios , é interviniese del mismo modo en las deliberaciones y resoluciones legislativas. Y aunque es verdad que no se les ocultó la necesidad de templar y casi embotar la fuerza tumultuaria de la muchedumbre ó de la infima plebe en tales negocios , y la de aumentar el peso del voto de las personas que , por su educacion y condicion , no solo debian suponerse mas interesadas en la conservacion y florecimiento del estado , sino mas á propósito para dirigirlo con sus consejos : sin embargo, todas las medidas adaptadas para conseguir este objeto , se limitaron á reducir los ciudadanos á ciertas clases , y á dar á cada una de ellas diferente consideracion ; á hacer que las primeras supusiesen mucho y las últimas apenas supusiesen nada ; á comprender en una de estas la inmensa multitud de la gente pobre ; y á formar las otras de los propietarios y poderosos ; pero guardándose siempre mucho de privar enteramente á la plebe de su intervencion personal.

Mas siendo esto así , parece muy claro que los antiguos ó no imaginaron , ó tuvieron por cosa absurda , que un hombre pudiese resolver por otro , que el juicio y voluntad de uno pudiera delegarse á otro ; y de consiguiente que el juicio y voluntad de uno pudieran representar el juicio y voluntad de otro : pues de lo contrario , así como conocieron y practicaron el método de representar una persona

por otra en los juicios, habrían admitido el método de representar al pueblo por delegados en las deliberaciones públicas, evitando los inconvenientes que resultaban del modo de convocar los comicios, de que dimanaba la turbulencia que les obligaba á considerarlos como un mar embravecido. Pero todo esto quiere decir, en otros términos, que los antiguos no tuvieron idea del gobierno que llamamos hoy *representativo*.

Ciceron y Tácito prefirieron ciertamente, en los pasages referidos, el gobierno *mixto* al gobierno *puro*: ambos desearon que tuviesen intervencion en el gobierno tanto los grandes, como el rey, y el pueblo; pero que esta intervencion no hubiese de ser precisamente personal, y que pudiera suplirse por una intervencion representativa, es una idea que no hay antecedentes para atribuirle á ninguno de los dos. Estos grandes hombres habian fijado su vista sobre las tres especies de gobierno conocidas, y habian observado muy bien las virtudes y vicios peculiares de cada una; y habian pensado que mezclándolas acordadamente, podria resultar una cuarta especie, que encerrase las ventajas, y excluyese las desventajas de cada una de las anteriores. Mas de esto á decir, que en dicho amalgame podian entrar, en vez de los elementos verdaderos, unos signos ó equivalentes de ellos, hay una diferencia muy notable. Esta era una idea enteramente nueva, y que al parecer estuvo muy lejos de presentarse á su pensamiento; ¿Quien creerá que ninguno de ellos se figurase, que en vez de la persona del rey, pudiera introducirse un mero representante del rey? Pues, de la misma manera, tam-

co pudieron pensar que las partes del pueblo pudieran llenarse por meros representantes suyos.

¿ Se dirá que la intervencion del pueblo en las deliberaciones públicas debió ofrecérseles desde luego como imposible? Mas un romano acostumbrado á sus grandes comicios, no podia tropezar en esto: y el modo con que Tácito se explica, parece estar indicando que no era en la reunion del pueblo en lo que hallaba las dificultades para sentar el gobierno deseado. Dos en efecto eran los grandes obstáculos que se le ponian por delante: el primero consistia en hallar una conyuntura que le diese nacimiento; el segundo en la dificultad todavía mayor de mantenerlo despues de establecido. La historia que estaba escribiendo le hacia palpar, que donde el poder real está establecido, no se le ataca si es para destruirlo; y que ni mas ni menos, cuando un poderoso trata de enfrenar la libertad política de la muchedumbre, tampoco se para á mitad del camino. Y de la misma manera se veia obligado á reconocer que la mezcla sola de la aristocracia y democracia, ponía el estado en un movimiento de envidia y enemistad entre las partes, que despues de largas y penosas agitaciones, lo conducian infaliblemente á manos de un usurpador: y semejantes observaciones debian adquirir á sus ojos un peso decisivo, cuando las veia plenamente confirmadas por el ejemplo de las demas naciones. Esparta era acaso la única excepcion de la regla hasta un cierto punto: mas la forma de su régimen asi como sus leyes, remontaban á la edad de su infancia, y suponian por tanto una conyuntura singular é inaplicable á las naciones ya formadas.

Esparta fué el pueblo que mas influyó en la legislación y costumbres romanas; y quizá no será extraño conjeturar, que contemplándolo Tácito como el nacedero de sus instituciones patrias, arrastrado de la admiración que naturalmente nos causa la memoria de nuestros mayores y de cuanto les ha pertenecido, quiso señalar su gobierno como un modelo de perfección ideal. Mas en tal caso, reflexiónese que la intervención que se daba al pueblo en él, no era representativa ni imaginaria, sino real y verdadera. « Antes de Licurgo (dice Plutarco) el gobierno andaba siempre trastornado, « inclinándose tan pronto á la tiranía cuando los « reyes tenían demasiado poder, y tan pronto á la « confusión popular cuando el pueblo llegaba á « usurpar demasiada autoridad: mas él puso entre « los dos al senado, que fué un contrapeso saludable... y una fuerte barrera que mantenía en « igualdad las dos extremidades de la balanza, y « daba consistencia y seguridad á las cosas públicas; porque los senadores se ponían algunas veces « de parte del rey, cuando era necesario para resistir á la temeridad del pueblo; y por el contrario, fortalecían también algunas veces la parte « del pueblo contra los reyes, para impedir que no « usurpasen un poder tiránico (3). » De suerte que toda la obra de Licurgo se redujo á introducir en un gobierno formado del rey y del pueblo, el senado ó los optimates, pero sin pensar de modo alguno en substituciones ni representaciones, ni en suplir los elementos propios y reales, con equivalentes ó signos.

Es pues justo quitar al gobierno representativo una ascendencia que se atribuye por un falso título; es justo despojarle de una antigüedad que no tiene otro fundamento que interpretaciones gratuitas y equivocadas; es justo reducirle á la clase que le corresponde de un descubrimiento moderno. ¿Y tan difícil seria poner á la vista su verdadera cuna?

Por mas esfuerzos que se hagan, no será posible hacer subir no digo su genealogía, si es sus germen mas arriba de los reformadores de los siglos XV y XVI. Wiclef fué el primero que exigiendo como condicion necesaria para el ejercicio valido de la autoridad, el que los depositarios de ella hubiesen de estar en estado de gracia, concedió á todos los particulares la facultad de juzgar cuando dichos depositarios se hallaban ó no en el referido estado, y redujo por esta via el valor de las leyes al juicio de los individuos. Un siglo mas adelante se presentó Lutero en el teatro, y viendo su doctrina condenada por el papa, y amenazada de iguales anathemas del cuerpo de los obispos, sentó como maxima inconcusa, que « la sociedad de los fieles re-
« unidos, sea en las ciudades, sea en las provin-
« cias, sea en toda la extension del universo, era
« el *centro de la autoridad*, el único tribunal de-
« positario de la doctrina, el único que estuviera
« en posesion del poder legislativo (4). » Y generalizando este sistema en una carta escrita al cardenal Cayetano, añadió: « Es un principio de dere-
« cho natural, que la ley deba recibir su sancion
« del consentimiento de todos aquellos que la de-
« ben obedecer. » Los sectarios sucesivos se unieron

(4) Lut., de Potest. ecclesiast., tom. 1.º pág. 445.

á ellos unánimamente, para colocar en el pueblo la raíz de toda autoridad, pero huyendo siempre de dar una definición precisa de lo que constituye la esencia del pueblo, y dejando en esta vagancia una puerta abierta para no rendir nunca á las determinaciones públicas, su juicio y voluntad privada.

En efecto, por mas que en las controversias que sostuvieron los protestantes en el espacio de los dos primeros siglos de la reforma, jamas se les caiga de la boca el nombre del *pueblo* á quien miran como á única fuente de la legítima potestad, nunca sin embargo trataron de fijar definitivamente que es lo que deba entenderse por la voz *pueblo*; y todos se guardan cuidadosamente de contradecir la doctrina tanto de Wiclef como de Lutero, que en realidad lo reduce todo á los individuos, y que no puede dejar de ser reputada como un corolario del espíritu privado, único fundamento de su separacion de la iglesia católica.

La vagancia no obstante, no dejaba de ser sumamente desfavorable á la causa de los reformados, y de dar á sus doctrinas un ayre sofístico, que debia demostrar por sí solo su falsedad, ó por lo menos privarlas de la confianza necesaria. Locke pues fué quien tomó á su cargo obviar esta dificultad, aplicando á la empresa toda la sutileza de su ingenio. Era ciertamente imposible defender llanamente el sistema de los maestros, los cuales por un lado habian condenado el modo de pensar de todos los hombres anteriores á ellos, que habian tenido por fuente tan legítima de la autoridad, al rey en las monarquías, y al senado en las aristocracías, como al pueblo en las democracías; y que por otro,

exigiendo como condicion precisa la aceptacion de todos los individuos, habian destruido hasta la posibilidad de formar las leyes. Por consiguiente su marcha se dirigió á desfigurar las sentencias de aquellos, y á substituirles otras semejantes á primera vista, pero muy diversas en realidad. Asi considerando la esencia y constitutivo de la ley, en vez de decir como Lutero, *La ley recibe su sancion del consentimiento de aquellos que la han de obedecer*; dixo, *La ley es la expresion de la voluntad general*. Esta proposicion podia expresar la misma idea que la primera, pero la expresaba de otro modo muy diverso; y la expresion sobre todo de *voluntad general*, no presentaba inmediatamente la coleccion de los individuos, ni aun los individuos separados: de manera que la cuestion quedaba reducida á designar en que consistia esta *voluntad general*.

Cabalmente Locke se explicaba en estos términos en unos tiempos en que una vasta conspiracion apoderada del parlamento y apoyada en las armas extranjeras, derribaba al monarca de Inglaterra de su trono, tomando el nombre del pueblo. Los argumentos de los controversistas no habian impedido ciertamente que los conspiradores usurpasen aquel nombre, á ejemplo de lo ejecutado por Cromwel con el padre de aquel desgraciado rey, porque las pasiones y la fuerza no se detienen por la mera perspectiva de la justicia y de la razon, cuando se consideran capaces de sofocarlas: mas con todo, cuando echaron de ver que la explicacion de Locke podia poner de su parte una apariencia á lo menos de legítima autoridad, y por consiguiente

una apariencia de justicia; no omitieron echar mano de ella, y de presentar sus resoluciones como legítimas, suponiéndolas conformes á la voluntad general. Y en efecto, cuando la suerte de las armas reduxo al desgraciado Jacobo II á dejar en manos del príncipe de Orange un cetro que no podia conservar en virtud meramente de sus derechos, nadie se atrevió como era regular, á protestar contra lo sucedido, ni á contradecir la voluntad de los vencedores: y así tomando el silencio y la necesidad por una conformidad y consentimiento verdadero, todo vino á considerarse como *resultado de la voluntad general*, y por tanto como *legal y legítimo*. Vióse pues la voluntad general fuera de los comicios populares; vióse fuera de una aprobación expresa de los individuos; vióse en el parlamento solo; y la voluntad del parlamento fué considerada como voluntad del pueblo, y el pueblo se tuvo como representado por el parlamento: y de esta manera, á la sombra de una expresion equívoca, se trastornaron las ideas, y se dió nacimiento á un sistema de gobierno, cuyas circunstancias debian poner en breve en combustion la Europa entera y el mundo.

Por tanto, hablando con propiedad, Wiclef y Lutero desnaturalizaron la autoridad, haciéndola descender privativamente (contra lo que hasta entonces habian pensado todos los hombres) de la voluntad del pueblo, ó mas bien de los individuos; y Locke, substituyendo la *voluntad general* á la voluntad del pueblo, hizo ver *al pueblo fuera del pueblo*; presentó al pueblo en imagen y en retrato por decirlo así; y aplicó á las personas políticas

las ideas de *representado* y *representante*; y vino á ser el autor de los gobiernos representativos, sacándolos al pie de la letra, del caos en que habian sumido la autoridad, aquellos reformadores.

A pesar de todo los gobiernos representativos no han existido mas entre los pueblos modernos que entre los antiguos. La Inglaterra misma no tiene una representacion nacional, pues el ingles no concurre por ser ciudadano al nombramiento de diputados de la cámara de los comunes, que en su caso es quien debia representarle en el ejercicio del poder legislativo. Al reves, todos los electores han recibido este derecho de un privilegio real. Hay ciudades, condados y cuerpos, que tienen facultad de nombrarlos, y hay ciudades &c., que no la tienen; como sucede entre nosotros con las ciudades que llamamos de *voto en cortes*; sin que en ello influya nada la poblacion, es decir la existencia ni los derechos de los individuos. La populosa y floreciente ciudad de Bermingham no nombra diputado ninguno; y lo mas singular es, que ni aspira á nombrarlo. Pero ya advirtió Montesquieu que el gobierno de esta nacion, no era otra cosa que una produccion del sistema feudal, ó mas bien de la legislacion germana.

Pues la Francia y los demas estados donde nuevamente se ha establecido lo que llamamos *carta*, tampoco encierran en su gobierno semejante representacion. En primer lugar todas estas cartas son concesiones y gracias libres de los reyes, y nada mas. « Voluntariamente y en virtud del libre ejercicio de nuestra autoridad real (dixo Luis XVIII al dar la carta) hemos acordado y acordamos, y

« hecho *concesion y gracia* á nuestros súbditos, « tanto por lo que á *nos* toca como por lo que ha- « ce á nuestros sucesores, y para siempre, de la « siguiente *carta constitucional* (5). » Y así, como que todo dimana de la voluntad del rey y no de la de los individuos, S. M. excluye de una pluma- da de toda intervencion en las elecciones, á la ma- yor parte de los franceses, limitando el privilegio á los que teniendo treinta años de edad, pagan trecientos francos de contribucion directa (6); y aun ata por otro lado las facultades de los electo- res, obligando á los de cada colegio, á que la elec- cion de la mitad de los diputados que ha de nom- brar, recaiga precisamente en los eligibles que ten- gan su domicilio político dentro del departamento. Lo mismo poco mas ó menos sucede en los demas estados semejantes. La mayoría conocida no inter- viene en nada en las elecciones, y de consiguiente no tiene representante alguno.

Los Estados unidos de América pueden ser una excepcion de esta regla, y considerarse como un gobierno representativo en el sentido de que todo el pueblo nombra sus diputados para el congreso : mas es necesario no perder de vista que su existen- cia propia es muy reciente, y que su fundamento religioso, ó mas bien irreligioso, es una singula- ridad que no permite augurar acerca de la dura- cion y sanidad de su vida política muy favorable- mente. Y en efecto si bien la celeridad de su de- sarrollo es un asunto de admiracion y de encomios

(5) Pról. de la carta.

(6) Cart art. 40.

para los economistas, sin embargo los políticos observan con muy poca satisfaccion la calidad de los humores que forman su temperamento; y desconfian mucho de que ni las leyes ni las costumbres, en las que está cifrada la buena salud y robustez de un estado, lleguen á adquirir en ellos la perfeccion necesaria aun para conservar la vida. Es indispensable dejar al tiempo la resolucion de estas dudas; y entretanto, limitémonos á observar los sintomas que van manifestando en su juventud extraordinaria, pero sin anticiparnos á suponer resultados por lo menos muy inciertos.

De todos modos siempre podemos sentar que una verdadera monarquía representativa no ha existido jamas, ni existe en el dia en parte alguna, y de consiguiente que este linage de gobierno no ha salido aun de la clase de una mera teoría. ¿Y podrá convenir á España la substitution de un sistema filosófico, de un sistema desconocido en el mundo casi hasta nuestros dias, de un sistema producido por los principios protestantes, á una constitucion real y verdadera, á una constitucion de catorce siglos, á una constitucion formada por el catolicismo mas acendrado? Porque estos son rigurosamente los términos en que debe presentarse la cuestion.

Si alguno juzgase que estas observaciones no salen de la clase de puras sutilezas, y de juegos y cuestiones de voces, cometeria sin duda alguna un error gravísimo; error que le seria fácil reconocer sin mas que un momento de reflexion. Porque ciertamente el estudio sumo con que el dia de hoy se procura calificar de *representativo* todo gobierno mixto, no podria menos de hacerle sentir que la

causa de tanto cuidado y diligencia no es posible que se limite á meras palabras, y que necesariamente debe ser muy trascendental. En efecto, se quiere que el gobierno sea *representativo*, porque se quiere que ninguna de las personas ó cuerpos políticos que juegan en el gobierno sean mas que *representantes*; porque los *representantes* suponen de necesidad el *representado*; porque el *representado* es preciso que sea mas principal que el *representante*; porque de esta manera la *nacion* ó el *pueblo* que es el *representado*, debe ser mirado como el nacedero de todo el poder que ejerce el gobierno, que es quien le representa; en una palabra, porque el adjetivo *representativo* aplicado al gobierno, es la tabla de naufragio de la *soberanía popular*; ¿Se desean pruebas? Vuelvanse los ojos al lado izquierdo de las cámaras de Francia, y á los varios periodistas y escritores de política que siguen su impulso ó sus principios. Aquel reino, segun hemos ya dicho, no reconoce un gobierno verdaderamente representativo, porque entre otras razones, los diputados no reciben su nombramiento de la nacion ni aun de la mayoría; ni siquiera las facultades que ejercen las tienen de los electores, si es de la carta, y de consiguiente del rey que la *concedió voluntariamente*, *é hizo gracia de ella á sus súbditos*. Sin embargo, á fuerza de repetirlo, se han hecho considerar las cámaras como una representacion nacional, y nadie se opone ya á que se dé al gobierno un apelativo que no le conviene. Mas ¿cual es el diputado de la oposicion ó cual el escritor de este partido, que no haya inferido de aqui que la carta es un contrato fundamental entre el rey de Francia y sus súbditos;

un contrato celebrado entre partes igualmente independientes; un contrato en que la prerogativa real no es otra cosa que una cesion de derechos hecha por el pueblo; un contrato cuya inobservancia debe disolverlo, y dejar á la nacion en plena posesion de la soberanía?

Es pues nada menos que la facultad de juzgar si el rey cumple con los pactos fundamentales, la facultad de deshacer el gobierno establecido, la facultad de establecer otro nuevo bajo nuevas condiciones; en una palabra, la facultad de hacer dependiente al rey y al gobierno entero, del pueblo ó mas bien de las cámaras interpretes de su voluntad, lo que se pretende por medio de una palabra: palabra que encierra toda la doctrina de los reformadores y filósofos, causa de todos los desastres que la Francia, Inglaterra, y otros paises modernos han experimentado en sus revoluciones.

Pero dejando aparte este gobierno cuya calidad da márgen á tantos rezelos y desconfianza ¿no podria ser oportuno que el rey, penetrado de la situacion y circunstancias de España, la concediese y otorgase una carta, en la cual el ejercicio de los poderes supremos, legislativo, ejecutivo y judicial, se distribuyesen á la manera que lo han sido en Francia?

No tiene duda que la cuestion propuesta de este modo cambia enteramente de semblante: mas sin embargo las circunstancias de los tiempos, lejos de recomendar, favorecen muy poco este pensamiento; y la Francia misma, que es quien se propone por modelo, nos fuerza á proceder con la mayor cautela en el negocio. « Abatido Bonaparte, dice M.^r

« de Bonald (7), no quedaba mas medio para salvar la revolucion del aborrecimiento de los pueblos y del horror que habia inspirado con sus peculiares desórdenes, que el afianzarla si era posible sobre la base de la legitimidad. . . La sabiduría del rey desconcertó el proyecto, volviendo despues de una ausencia de trece años á tomar posesion de la herencia de que es usufructuario en fuerza meramente de su derecho, y dando por sí mismo *la ley á la Francia.* » Por manera que este mismo medio de conceder á su pueblo una carta en que el ejercicio de los poderes supremos estuviese dividido y contrapesado, fué el que se presentó á Luis XVIII, y el de que echó mano, para conseguir el objeto de satisfacer á las luces del siglo (ó sea á los deseos políticos de los que pretenden formar el siglo) destruyendo al propio tiempo el dogma de la soberanía popular. Mas ¿lo ha conseguido? Por lo que hace al lado izquierdo de la cámara de los diputados, ya hemos dicho el concepto y sentido en que habia recibido este presente de la bondad de su rey, y el carácter de que le habia revestido á pesar de la expresa voluntad de su autor. ¿Quien de sus individuos ha dejado de separar con el mayor estudio la causa de la Francia de la causa del rey, y de manifestar que la fidelidad y sumision jurada al rey no obliga mas que en cuanto no se juzga contraria á la felicidad y derechos de la nacion? ¿Quien no ha supuesto que la nacion tiene expedita la facultad de formar este juicio? ¿No hemos oido á uno de los principales oradores decir

(7) Observations sur le dernier ouvrage de M.^{me} la baronne de Staël.

sin el mas mínimo reparo, que la *usurpacion* y la *legitimidad* son nombres insignificantes? ¿No hemos oido á otro de igual nota, apelar á la energía del pueblo contra la mayoría, es decir contra la autoridad legal de las cámaras? Pues estas demagogicas y revolucionarias opiniones, no se crea que hayan quedado encerradas en el recinto de la asamblea: porque ni los innumerables folletistas del partido, ni las muchísimas criaturas de la revolucion, ni la turba que debe su fortuna al trastorno de las leyes fundamentales de la sociedad, ni el enjambre de ambiciosos que necesita del desórden para llenar sus deseos, ni una gran parte de la juventud extraviada por las pasiones y atestada de las doctrinas filosóficas, ni en fin los numerosos iniciados del ateismo y de la anarquía, respiran otra cosa. Asi apenas se pasa mes en que no se oiga el descubrimiento de una conspiracion; apenas hay punto en el reino que no presente los vestigios frescos de la erupcion prematura de un volcan: ninguno de cuantos reflexionan duda que la materia eléctrica está esparcida en ramales subterráneos por todo el reino, y que todos ellos parten de un centro comun; y el mismo gobierno se ve en la necesidad de manifestar no solo la existencia, si es la extension de los trabajos del enemigo, mientras para alentar á los buenos, ostenta su esperanza de vencer. No es posible engañarse si no se quiere: la carta no ha mudado nada las opiniones en Francia, y lejos de conciliar el partido liberal con el príncipe, no ha sido mas en sus manos que una arma para combatir al príncipe, y proteger y dar aliento á sus enemigos.

No es de creer que otra semejante produjese en

España efectos diferentes; y al revés es muy temible, que una vez acostumbrados á remover, á reformar, á substituir, y en fin á manosear las leyes fundamentales, perdiesen estas á nuestros ojos, el carácter sagrado y sobre humano que deben tener; que nos contemplásemos autorizados para hacer nuevas reformas en las nuevas leyes; y que por nuestros pasos contados diésemos en el escollo de tener que renunciar hasta á la esperanza de un gobierno consistente. No olvidemos que vivimos en el siglo de la curiosidad y de la inquietud, ni apartemos la vista de lo que nos enseña el ejemplo de las demás naciones: y si los franceses han enmendado ya su carta, y si los ingleses mismos tan embelesados con su constitucion no cesan de hablar de la reforma de su parlamento; no dudemos tampoco nosotros, que nuestra inquietud no se calmara con otra carta equivalente, y que después de obtenida, trataríamos de su reforma con el mismo ahinco con que hoy tratamos de la de las leyes actuales.

Y no nos lisonjemos de que tomando por pauta de la carta nuestras leyes fundamentales, evitáramos absolutamente este tropiezo: porque ¿podria hacerse esto sin entrar á examinar y á fijar dichas leyes, y á conformar con ellas la nueva obra? Pues « el
« tratar de recurrir á las leyes fundamentales y pri-
« mitivas del estado que ha abolido una costumbre
« injusta, es un juego seguro para perderlo todo :
« nada se hallará justo en esta balanza : y sin em-
« bargo el pueblo da gustosamente oídos á los que
« hablan de esto. » Todo lo dicen estas cortas pero profundas razones de Pascal : la antigüedad no es mas que el cebo y el manto de la revolucion : la an-

tigüedad en manos de curiosos y optimistas no es mas que la madre de la novedad.

Es necesario repetirlo : vivimos en el siglo de la curiosidad y de la inquietud. La comezon de examinarlo todo , de juzgarlo todo , de reformarlo todo , ha venido á ser un contagio universal : nuestros adelantamientos en las ciencias físicas nos han persuadido que hemos aventajado en la misma proporcion á nuestros antepasados en las ciencias morales ; y porque hemos llegado , sino á crear una nueva física , á lo menos á transformar la antigua , nos hemos considerado autorizados para intentar igual transformacion en la política y la moral. En vano se ha empeñado la experiencia en desengañarnos : en vano el infeliz exito de tantos ensayos como se han hecho y estan haciendo de treinta años á esta parte , nos advierte que procedemos equivocadamente en nuestra suposicion. A pesar de los rios de sangre que han inundado la Europa de resultas de nuestras intentonas políticas ; á pesar de la inconsistencia y turbacion á que han quedado reducidas las naciones ; á pesar de la alteracion visible que han experimentado los principios sociales ; á pesar de la corrupcion espantosa de costumbres ; á pesar del enflaquecimiento , por no decir extincion de las ideas religiosas ; seguimos adelante con nuestro presumptuoso proyecto , y ni dormidos ni despiertos pensamos mas que en nuevas reformas. Mas ¿ puede ser este un estado á propósito para dictar una constitucion permanente ? La prudencia no se hermana con la exaltacion , ni pueden ser duraderas las leyes promulgadas en tiempos de efervescencia. La obra de las pasiones pasa , y lo que no es conforme á la naturaleza , no subsiste.

Pudiera haberse dado principio á este asunto preguntando ¿ cuales son las razones que exigen con tanta premura una nueva carta en España ? Dos son las principales, por no decir las únicas respuestas que se presentan : 1.^a decir como dixerón las cortes extraordinarias de Cadiz al tiempo de publicar su célebre constitucion , que la observancia de las leyes antiguas de la monarquía , necesita nuevas providencias que aseguren su cumplimiento : y 2.^a decir abiertamente que las nuevas ideas requieren que se conformen á ellas las nuevas leyes políticas, ó lo que es lo mismo, que es necesario transigir con la opinion.

Pero si lo que se reclama tan solo , es que se observe con exactitud la antigua constitucion, el pretender luego que se establezca una nueva carta , es una contradiccion manifiesta : y para ello ni hay ni puede hallarse mas medio que juntar las cortes con las cuales el monarca se rodea de todo el esplendor de su poder , y determinar alli dichas providencias, que podrán considerarse como un reglamento político del gobierno, pero de ningun modo como parte integrante de la ley fundamental. Y á este paso ningun realista , ningun amante de las anteriores instituciones, ni aun el rey mismo , pondrán seguro el menor óbice ; no solo por la justicia que en sí envuelve, mas porque el señalamiento preciso y fundado de los abusos, manifestará invenciblemente que ninguno procede de las leyes, y todos de la administracion ; que las leyes son inocentes , y que los culpables son los hombres ; que las leyes deben quedar en su puesto, y que con quien debemos tenerlas es con nuestras pasiones.

Mas si se intentasen variaciones en dichas leyes que alterasen la forma del gobierno, en vano trataríamos de cubrir nuestro procedimiento con la exigencia de la opinion. No cesa de repetirse que en las leyes no debe aspirarse á la perfeccion absoluta, si es á la que es compatible con el estado de las costumbres é ideas de los hombres para quienes se hacen, recordando el dicho de Solon á los atenienses : *Os he dado, no las leyes mas perfectas en sí mismas, si es las mas perfectas de las que vosotros podiais conllevar.* Pero, salvo el respeto debido á tan grande legislador, permitásenos observar que su sentencia abre un campo inmenso al espíritu de inovacion; que por esta regla estaremos obligados á observar todas las variaciones que experimenten las costumbres y las ideas, y autorizados para variar incesantemente las leyes; que las leyes en este estado de continua fluctuacion no pueden merecer este nombre, ni ser otra cosa que unas providencias provisionales; y que ni pueden tener autoridad ni veneracion, pues ninguna de estas dotes se concilia con la inestabilidad. La ley, como decia Ciceron, es *ratio profecta à naturá rerum*; mas la naturaleza no reconoce como cosa suya esa versatilidad é inconstancia: y el dar por sentado que las leyes deben acomodarse á las costumbres y no las costumbres á las leyes, no solo es pretender subyugar la naturaleza á las pasiones y hierros de los hombres, sino hacer en substancia lo que los italianos llaman *milagro de Mahoma*. Porque se dice, que habiendo este impostor mandado á un monte que se pusiera bajo de sus pies, y viendo que á pesar de sus órdenes, el monte no daba muestras

de dejar su asiento, marchó él hácia el monte, y se puso sobre la cima; es decir, que desconfiados los tales políticos de arreglar los hombres al tenor de las leyes, han tomado el partido de arreglar las leyes al tenor de los hombres. Lo mismo han hecho los deistas de nuestros dias con la moral: desengañados de que la mera razon y los medios puramente naturales eran incapaces de elevar al hombre al nivel de la verdadera y austera moral, han rebajado la moral al nivel del hombre. Mas esto ha sido destruir la moral y hasta la idea de ella, y otro tanto es preciso que suceda con las leyes, tomando por brújula aquella máxima.

Si el hombre es perfectible por sí, y si el medio de perfeccionarse es cabalmente la sociedad; el fin de las leyes sociales es preciso que sea el arreglar al hombre y formar sus costumbres. Mas si las leyes no excluyen toda injusticia y desórden ¿que costumbres podrán formar? Asi, en vez de contemporizar con la opinion, el legislador debe combatirla cuando no está de acuerdo con la verdad, y debe combatirla con tanto mayor esfuerzo, cuanto que su desacuerdo es mayor: y en efecto asi vemos que la razon universal lo ha dictado generalmente á los legisladores; los cuales en vez de capitular, se han armado de energía á medida que la corrupcion se ha extendido y multiplicado en los estados. La ley es la regla de lo lícito ó ilícito, de lo justo y de lo injusto: pero la regla no está hecha para conformarla á los objetos, sino al revés para conformar los objetos con ella; y cualquiera que sean las costumbres de los hombres, es indispensable mostrárselas en toda su rectitud. Al venir Jesu Cristo á amaestrar y dirigir el

mundo, le halló ciertamente sumido en las tinieblas y errores mas crasos, entregado á todo género de excesos los mas bárbaros y vergonzosos, y lleno, como dice S.ⁿ Pablo, *de toda malicia é iniquidad*: mas con todo, en vez de balancear y contemporizar como el legislador ateniense, reclamó altamente el cumplimiento pleno de la ley, y de la ley mirada en su principio; y no se contentó con menos que con decir á los hombres podridos y desnaturalizados, *Sed perfectos*, y no perfectos como quiera, si es á la manera que lo es vuestro padre celestial.

Si la opinion pues exigiese el establecimiento de una nueva carta política en España, el legislador en lugar de decir desde luego: « Es necesario ceder á la opinion, porque al fin la opinion es la reina del mundo; » debería procediendo con la gravedad y prudencia propias de su carácter, examinar en primer lugar, si la opinion era conforme ó no á los principios de la verdad, porque la verdad si que es eterna y que permanece eternamente: y si hallase, que lejos de ser un corolario de la verdad, del órden, y de la razon, era solamente un desahogo y erupcion de las pasiones; su deber riguroso seria armarse contra la tal opinion, y desplegar á la vista de todos la bandera de las leyes antiguas, como que llevan estampada la marca de la razon y de la justicia, y de consiguiente la garantía de la felicidad de los pueblos. Ahora semejante examen podria hacerse entre nosotros con mas facilidad de lo que parece, porque nadie puede resistirse á confesar, que tenemos en nuestro seno un número considerable de reformadores é innovadores declarados, imitadores serviles de la conducta revolucionaria de

los franceses de 93, y promovedores y defensores furiosos de las doctrinas políticas y religiosas de las asambleas constituyente y legislativa : y se veria que estos hombres, á quienes nadie ciertamente colocará entre los amantes del orden y sectarios de la razon, serian por decirlo asi como los granaderos de las filas que se declarasen por la carta, no siéndoles posible llevar adelante la democracia por ahora ; y que no dejarian de juntárseles los que en la guerra de la independencia nacional abandonaron la causa de España por la de Bonaparte. Y de esta manera no solo se decidiria por medio de una autoridad irrecusable el verdadero peso de la opinion que reclama la mudanza, si es que se obtendria al mismo tiempo una demostracion palmaria de la verdadera opinion nacional, que dista mucho á buen seguro de la de los liberales y afrancesados.

El mayor número de los españoles desconfia mucho de que el establecimiento de una nueva carta pudiera traher á su patria ninguna utilidad : y al reves, temen que pudiera ocasionarla daños irreparables. Y desde luego al oir los encomios con que se les presenta por modelo la francesa, su desconfianza se aviva, y sus rezelos suben de punto ; porque en realidad, dista mas ella de las instituciones, leyes y costumbres de España, que la constitucion inglesa. Esta asercion para nosotros es evidente : pues como quiera que en una y otra el ejercicio del poder legislativo esté encomendado al rey y las dos cámaras, pero la formacion de las cámaras francesas se desvia mas de la naturaleza de la monarquía en general, y de la española en particular. Por lo que hace á la cámara de los pares, no hay mas que ad-

vertir, si es que una monarquía, por el hecho de serlo, supone la diferencia de rangos, la distincion de nobles y plebeyos, y que la nobleza sea hereditaria, y lo sean tambien sus prerogativas. Ahora, la intervencion en las deliberaciones públicas, es indudablemente la principal de estas prerogativas; y sin embargo la dignidad de *par*, la cual da derecho al noble para entrar en la cámara, no es en Francia una consecuencia necesaria de la calidad de su rango, si es de la voluntad y concesion del rey, y por tanto de un principio menos propio de la monarquía, donde se supone que en esta parte todo debe proceder de la ley (8). Mas en Inglaterra el *lord* ó grande es individuo nato de la cámara alta; y semejante prerogativa es inseparable de la grandeza, que en esta parte nada ha recibido de la liberalidad de sus reyes, y cuya intervencion en los negocios políticos le ha venido entera de las costumbres primitivas recibidas de los germanos, y conservadas por ella constante y escrupulosamente. Asi la institucion inglesa es mas monarquica sin duda alguna, al mismo tiempo que es mas conforme á las leyes y costumbres fundamentales de España, donde el noble titulado tiene y ha tenido siempre asiento en cortes en virtud meramente de su calidad. Y por lo que toca á la cámara de los diputados de Francia, es visible, que el privilegio de *elector* concedido á todos los que pagan trecientos francos de contribucion directa, es mucho mas conforme á la naturaleza del gobierno popular, que el concedido tan solo á ciertas ciudades, provincias y corporaciones, como sucede en Inglaterra con los electores de los diputa-

(8) Cart. art. 27.

dos de la cámara de los comunes : en lo cual coinciden tambien mucho mas los ingleses con nosotros , que formamos nuestro tercer estamento ó brazo de cortes de los diputados de las ciudades que tienen voto en ellas. Si puede decirse asi , la carta francesa en la parte que mira á la formacion de la cámara de los pares , inclina en cierto modo á la arbitrariedad de los principios despóticos ; mientras que en la que mira á la de los diputados , descubre cierta tendencia á la democracia : pero la inglesa conserva mas constantemente el carácter de su origen y el principio monárquico que le es comun con la forma del gobierno español.

Y aun hay mas. En Francia los ministros de la religion podrán tener parte en el poder legislativo , si la religiosidad del monarca tiene el cuidado de concedérseles , nombrando á algunos obispos ú otros eclesiásticos condecorados *pares* del reino ; mas por la letra de la carta ni la clase ni los individuos del clero tienen intervencion ninguna : por manera que en esta parte la revolucion ha conseguido plenamente su objeto , y ha tenido la satisfaccion de ver excluido por entero el brazo eclesiástico de los congresos nacionales de un estado , que en otro tiempo se gloriaba de haber sido formado por los obispos. No sucede lo mismo en Inglaterra donde los obispos y arzobispos son todos *pares natos* , y asisten en calidad de *lores espirituales* á la cámara alta del parlamento , y en donde por lo mismo el brazo eclesiástico se conserva aunque confundido con el de la nobleza , porque lo ha estado siempre : de suerte que tambien por este respeto tiene mucha menos analogía con nuestras leyes y costumbres antiguas y funda-

mentales la carta francesa que la constitucion inglesa.

No obstante, si alguno propusiera para modelo de nuestro gobierno la constitucion de Inglaterra, es de presumir que hallaria bien pocos hombres de seso tanto dentro como fuera de España, que fuesen de su dictámen. Porque demos por supuesto que el gobierno de Inglaterra sea el mas adecuado á aquella nacion; esta misma conveniencia seria una prueba incontestable de que no podia convenir á nuestro pais, cuya situacion, cuyo clima, cuyo carácter, cuyas ocupaciones, cuya riqueza, difieren en todo. El ingles es habitante de una isla, y nosotros de un pais continental; su terreno es estéril, y el nuestro feracísimo: y estas dos circunstancias solas producen mil diversidades tan encontradas como las raices de donde brotan. Ellas hacen necesariamente que el ingles sea marino, comerciante, industrial; y que el español no sea marino sino secundariamente, y que su principal ocupacion sea la agricultura. España no puede prescindir de un ejército respetable en su recinto, y en Inglaterra una precision igual se miraria como una causa infalible de ruina. La felicidad de España reclama un espíritu político de conservacion y de sosiego, y la de Inglaterra un espíritu de agresion, de engrandecimiento y de consiguiente de inquietud. La vida de Inglaterra depende de lo que posee fuera, la de España puede ser robusta sin mas que sus posesiones de casa. Y nada hemos dicho todavía de la diferencia de religion, diferencia que trasciende en los gobiernos hasta donde no es creible. Porque no hay ni puede haber gobierno cuya parte política no tenga una analogía necesaria con la parte reli-

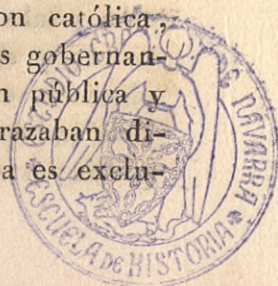
giosa , ni cosa en que se manifieste mas esta analogía que en su inclinacion á la unidad , ó en su divergencia de ella. En Francia por ejemplo , donde el poder político era uno desde el nacimiento de la monarquía , la religion católica fué caminando siempre progresiva y constantemente hácia la unidad ; y cuando los esfuerzos de la reforma y de la filosofía lograron cortar este curso , no fué posible impedir que la unidad política sintiese los mismos quebrantos , y en la misma proporcion , y con tan exacta concordancia , que cuando se llevó al cadalso al gobierno con el monarca , fueron tambien con ellos la religion y sus ministros. En virtud de esta analogía , una religion mixta ha producido en Inglaterra un gobierno mixto ; y por la misma razon , en España donde la unidad religiosa ha llegado al último punto , y es el bien mas precioso para todos los españoles , es necesario que su gobierno sea eminentemente monarquico , si no se quiere exponer aquella unidad á padecer una alteracion equivalente á las mudanzas que se ejecuten.

Conviene detenerse un poco en esta consideracion , capaz por sí sola de explicar la cautela con que el rey de Francia ha procedido en la formacion del poder legislativo , y de manifestar la ceguedad con que nosotros procederíamos siguiendo el mismo camino. La revolucion francesa habia llegado hasta á abolir toda religion , de suerte que Robespierre creyó haber acabado una empresa gigantesca , cuando proclamó la mera existencia del ser supremo y la inmortalidad del alma. La Francia habia pasado , por decirlo así , años enteros sin ley y sin Dios : y cuando el aspecto horrible de la muerte social la obligó á

restablecer su comunicacion con Dios, se habia portado en este negocio, como los soberanos con ciertos ministros de grandes recursos, cuyos crímenes les han obligado á extrañarlos de sus dominios, y cuyos talentos les son indispensables; que les abren por fin otra vez las puertas y aun les llaman á la corte, pero cercándolos de personas despiertas y leales que celen y espíen todos sus pasos, y cuidando ellos mismos por sí de que no vuelvan á tomar mas parte en los negocios que la que se les quiera conceder. Vinó Bonaparte, y aparentó tratar de mejorar la causa de Dios, y aun de ponerle en posesion del culto que con tanta gloria se le habia ofrecido por espacio de catorce siglos; mas sin embargo su proteccion estuvo muy lejos de ser franca y verdadera, y su proyecto nunca se extendió á mas que á servirse de la religion como de un instrumento. Todos saben el concordato que celebró con la silla apostólica, y las leyes orgánicas por cuyo medio inutilizó lo convenido en el concordato, y luego las violencias y desprecios hechos al sumo pontífice en su persona misma, y en fin la escena verdaderamente cómica en que quiso convertir el concilio de Paris; y así no es extraño que los progresos de la religion en el tiempo de su usurpacion fuesen ó insensibles ó ningunos. Habiendo él sido destronado por las fuerzas de la Europa reunida, entró Luis XVIII en la herencia de sus mayores; mas halló esta herencia entregada no á la tolerancia, si es á la indiferencia religiosa; y en tan triste conyuntura se penetró de que el pleno restablecimiento de la religion, y sobre todo de la católica, estaba reservado al tiempo, sin que estuviese á su alcance otra cosa que la conde-

nacion del ateismo, substituyendo la libertad á la indiferencia de religion, y el recordar y restaurar la antigua ley por la cual la religion católica, apóstolica, romana, está declarada *religion del estado*. El rey, en una palabra, á vista del naufragio de la religion en sus dominios, echó mano de las dos leyes fundamentales en la materia; á saber: la que manifiesta la necesidad de profesar una religion, y la que consagra el estado al culto y práctica de la mas perfecta: leyes que encierran ciertamente todos los gérmenes de la legislacion política en el asunto, aunque no produzcan inmediatamente el desarrollo de ellos. Y conforme á estos antecedentes sintió la conveniencia de introducir por ahora en el cuerpo legislativo, en vez del cuerpo entero de los ministros del catolicismo, algunos de sus individuos tan solo, y aun esto paulatina é insensiblemente, y por medio mas bien de una gracia del príncipe, que de una prerogativa aneja á su rango. Basta tener ojos para ver todo esto, y para observar en la carta de Francia, de una parte los esfuerzos del rey cristianísimo, y de otra el predominio espantoso de la incredulidad.

Pero España por la misericordia de Dios, no ha experimentado trastorno alguno en la parte religiosa; y á pesar de las variaciones políticas, y sean cuales fueren las miras ocultas que se han propuesto los novadores; ni aun la constitution de Cadiz pudo prescindir de consagrar la religion católica, como única en el estado; ni los actuales gobernantes han cesado de hacer una profesion pública y repetida de la sinceridad con que abrazaban dicha constitution en este punto. España es exclu-



sivamente católica, sin que reconozca ni tolere mezcla alguna de sectas, y las leyes políticas relativas à la religion han hecho en ella y conservan en todo su vigor su pleno desarrollo; y por lo mismo la intervencion é influjo de la autoridad religiosa en el gobierno político es necesario que sea la mayor que le corresponda segun su naturaleza. Asi si en vez de conceder al clero una intervencion especial é integrante en las cortes, tratasemos de reducirle al estado que tiene en Francia, trocaríamos evidentemente los frenos, y procederíamos con un error y ceguedad notables; y las leyes que en Francia son como el semillero donde debe ir tomando cuerpo la planta del catolicismo, serian entre nosotros como una hacha asoladora que la cortase por el tronco; y mientras alli pueden manifestar el amor y solicitud del monarca, aqui serian un testimonio de su aversion y encono. Para los hombres reflexivos y despreocupados, la composicion del poder legislativo por el modelo que lo ha sido en Francia, seria en España un triunfo completo de la filosofía y de la impiedad.

¿ Querria mirarse como un adelantamiento en la ciencia de la política, la exclusion del clero de los comicios nacionales? Esto es cabalmente lo que han querido persuadirnos los protestantes y sus descendientes los filósofos, fundados en que un cuerpo tan privilegiado debe referirlo todo á la conservacion y tal vez al aumento de sus privilegios y autoridad, y dirigir todos sus esfuerzos á fomentar en el pueblo el envilecimiento y la ignorancia, requisitos indispensables para que subsistan. Mas por desgracia, este mismo argumento puede asestarse en los

mismos términos contra la nobleza ; y en efecto vimos que en la revolucion francesa , planteada por los principios filosóficos , el brazo noble desapareció á una con el eclesiástico , y que lo mismo ha sucedido en la constitucion dictada por las cortes extraordinarias de Cadiz de 1812 , y en las adaptadas en las últimas rebeliones de Nápoles , Cerdeña y Portugal. Sin embargo el espantoso resultado que produjo en Francia la reduccion del poder legislativo á una sola cámara , hizo conocer á todos los que su perversidad ó su interes no ha precipitado en la carrera de las revoluciones , que un gobierno , y mucho menos una monarquía , montado sobre este único resorte , no podria subsistir ; que una cámara única y tomada de la clase enemiga de los privilegiados , es decir del comun del pueblo , era necesario que aspirase á la igualdad extrema , y que esta tendencia era una enfermedad mortal y horrible : y movidos de estas consideraciones , han creido después indispensable templar la violencia de la cámara popular , por la ereccion de otra cámara tomada de la clase superior , cuyos intereses opuestos balanceen las pretensiones de aquella. De esta manera ha venido la nobleza á reponerse en el goce de la parte principal de su antigua influencia política. Mas ¿ como las mismas razones no han hecho siquiera sospechar , que acaso seria conveniente restablecer al clero en la suya en especial en las naciones católicas ? ¿ Porque se ha de insistir en apartar del gobierno esta clase cuyos privilegios y cuya elevacion tienen seguramente por apoyo motivos tan poderosos como los que sirven de fundamento á los privilegios de la nobleza ?

No es posible detenerse en esto sin que se ofrezcan al pensamiento mil reflexiones tristes, y sin que el corazon se angustíe á vista del rumbo político que se pretende dar á las cosas. Míranse generalmente las novedades religiosas como causa de los trastornos políticos que hemos experimentado: nadie pone duda en que uno de los principales secretos de que los revolucionarios se han valido para dar en tierra con los gobiernos establecidos, ha sido privarlos insensiblemente de los principios religiosos que se habian amalgamado en ellos con los políticos y civiles: se da por sentado, que ni hay fe, ni costumbres, ni hombría de bien, y aun que ni debe esperarse que se restablezca nada de esto mientras la religion no recobre su debido ascendiente: y en fin se confiesa de plano, que entretanto los hombres no pueden ser gobernados, que los recursos de una política puramente humana son insuficientes, y que no hay sociedad que pueda contar con el dia de mañana. Y sin embargo, desde que se trata de acudir por socorros á la religion, no hay cautela de que no se use para impedir que despliegue su influjo, contemplándola siempre como un remedio peligroso. Es necesario desengañarse: para que la religion produzca los efectos que le son propios, es menester tratarla con la distincion propia de su dignidad, y darla el lugar que la corresponde; y una religion compasada á la voluntad del gobierno, no merece ni el nombre de tal, pues en realidad no pasa de un artificio político disfrazado con máscara religiosa.

Pero semejante conducta es mas extraña en los estados puramente católicos. Hay muchos que en una cámara de pares no ven mas que un contrapeso que

contiene el empuje demasiado violento de la cámara popular, por razón de la contrariedad de los intereses de cada una; mas este juicio es demasiado mecánico, por no decir incompleto y superficial. Las cámaras de pares son la reunión de la nobleza, no solo para defender su rango y el de la corona de los ataques plebeyos, si es para conservar y dirigir el estado por medios que les son propios; porque hay resortes indispensables para hacer mover acordadamente la máquina del gobierno, los cuales de necesidad tienen que estar encomendados á la nobleza. En efecto no puede concebirse ni aun la existencia de esta clase, sin reconocerla como depositaria de las costumbres y tradiciones antiguas, pues ni unas ni otras pueden conservarse sino en familias que las reciban necesariamente de sus mayores por una transmisión hereditaria; lo cual hizo que entre los gentiles se atribuyese también á los nobles el cuidado de la religion y el goce del pontificado. Ahora, probémosnos á gobernar una nacion en especial monarquica, sin costumbres antiguas, sin tradiciones, y sin religion. He aqui pues el origen de la dignidad y de la verdadera autoridad de la nobleza, y he aqui la causa de su mayor instruccion en las cosas patrias, de su zelo por la conservacion del órden establecido, de su enemistad con las novedades, de su adhesion á los monarcas, de su dedicacion al ministerio público, sea en el senado, sea en el ejército, sea protegiendo con la espada ó con las leyes. El que no ve esto, no ha visto lo que es la nobleza. Y por lo mismo, es menester decirlo y en alta voz, cuando la nobleza ha perdido las costumbres y tradiciones antiguas, cuando en lugar de hacer frente á las no-

vedades, admite y fomenta en su seno el espíritu novador, cuando prescinde de la religion en vez de ser su depositaria ó á lo menos su apoyo, cuando se retira de los tribunales y no se presenta á la cabeza de la milicia; puede asegurarse que una monarquía está á punto de disolverse, pues se han perdido ú abandonado una gran porcion de sus elementos esenciales.

Hemos dicho que la nobleza es preciso que sea depósito ó apoyo de la religion, porque justamente aquello le correspondia entre los gentiles y esto entre los cristianos. En el gentilismo el único medio de conservar la religion era depositándola en familias perpetuas y hereditarias, es decir en la nobleza: mas Jesu-Cristo creó un depositario especial de su doctrina en el cuerpo de los obispos á quienes entregó el régimen y gobierno de su iglesia. He aqui pues, como en el cristianismo el clero ocupa una parte esencial de la nobleza, y como por decirlo asi la nobleza se halla dividida en dos brazos, uno de los cuales conserva las tradiciones religiosas, y otro las políticas, sirviéndose ambos de apoyo recíproco, como que la política se funda en la religion, y ambas se conservan mutuamente, conservando al mismo tiempo el estado.

Pues cuando hombres inconsiderados y superficiales venden como un adelantamiento en la política, la exclusion del brazo eclesiástico de las asambleas nacionales, véase cuan olvidados estan de los verdaderos principios, y cuan lejos andan del camino real; y sobre todo tratándose de una monarquía, y de una monarquía católica, y de una monarquía católica por excelencia como España. Sola esta filo-

sofía enemiga jurada de toda religion y en especial del catolicismo, pudiera haber llegado á un término de ceguedad tan extremada; y sola la corrupcion que ella introduce en cuanto toca, pudiera haber reducido á sus adeptos á dar oídos á unas doctrinas que estan manifestando por todas partes, que no tienen otro origen que la incredulidad y la rabia desesperada del ateismo de nuestro siglo.

Por lo demas el gobierno mixto no es una cosa desconocida en el mundo, y que no haya pasado por el alambique de la razon y de la experiencia; y ni la una ni la otra dejan de reconocer en él vicios de la mayor monta, y vicios que proceden necesariamente de su naturaleza. En efecto, ni aun hubiera existido este género de gobierno si no se hubiera dado por supuesto, que la monarquía propende demasiado á la opresion del pueblo, y la democracia á la disolucion del órden, y que era necesario templar la tendencia de ambas por su mutua oposicion. Asi toda su perfeccion depende del equilibrio de estos elementos políticos; por manera que si el equilibrio llega á faltar, todo el acuerdo del gobierno mixto se convierte al punto en una disonancia insufrible, y en un choque perpetuo, que pone á la sociedad en un estado de desazon y de inquietud. Desde entonces, la sociedad es infeliz; y por lo mismo si la conservacion de este equilibrio fuese muy dificil, el proceso del gobierno que lo requiere, quedaba hecho sin necesidad de mas.

Sin embargo esta dificultad no parece que pueda desconocerse, pues salta á los ojos la gran diferencia del vigor de los dos principios de que se compone. El principio democrático tiene en él una fuer-

za propia, originaria y esencial, porque el pueblo que ejerce parte del poder legislativo, no cree que para ello haya necesitado de una gracia, antes al revés, está persuadido de que le pertenece este derecho como á nacedero de la soberanía; mientras por el contrario el monarca ni la nobleza no pueden hallar en sí un derecho originario, y que en último análisis no venga á refundirse en la voluntad del pueblo. En vano se repetirá que la intervención popular procede de una concesion del príncipe; en vano se presentará el acta que señala su origen y su tenor; el pueblo no verá en ella mas que una restitucion de sus derechos primitivos, ni en los términos graciosos en que está concebida, mas que unas expresiones dictadas por la fuerza y la ambicion, y toleradas por la debilidad y por la prudencia. Donde quiera que el gobierno mixto está establecido, lo está tambien la opinion de la *soberanía* popular, á lo menos entre los del partido de la oposicion.

Esto supuesto, cualesquiera que sean los pactos y convenciones que defiendan las partes del monarca y de la nobleza de los ataques de la muchedumbre, al fin la superioridad de las armas de la muchedumbre prevalecerá, porque es indispensable que lo facicio ceda al cabo á lo que se tiene por natural, asi como los efectos á las causas. La historia confirma constantemente la verdad de esta asercion. Léase al mas célebre y al mas acérrimo defensor de la constitucion inglesa, es decir á M.^r Delolme, y en medio de todos sus ratiocinios y observaciones, se hallará por último resultado, que el principio democrático introducido en ella, aunque con el ma-

yor tiento y precaucion, ha sido una levadura que no ha cesado de fermentar un instante, y que de cuando en cuando ha corrompido la masa entera, sin que haya habido fuerza capaz de contener su hervor. Y en el dia mismo en que despues de tantos y tan amargos ensayos, se pretende, que por fin se ha fijado ya la movilidad de este principio, no hay quien no reconozca la vivacidad nativa de su movimiento, por la necesidad en que ha puesto al gobierno de aumentar su vigilancia y los medios de represion, apelando hasta á el aumento de la fuerza armada. La misma tendencia puede decirse que ha principiado á mostrar en Francia despues de la concesion de la carta. En Roma esta tendencia fué progresando tan visiblemente desde el nacimiento hasta la ruina de la república, que toda su historia interior no es mas que la historia de este desarrollo. Lo mismo sucedió en las repúblicas griegas, y en una palabra, en todas partes donde el pueblo se ha puesto en posesion de una porcion integrante del poder legislativo.

Ahora, mientras el principio democrático obtiene la dominacion á que aspira, no es posible que el estado conserve su tranquilidad: su agresion despertará necesariamente la actividad del principio monárquico; guerrearán ambos con varia fortuna; y como nunca se convendrán en una paz franca y duradera, tampoco proporcionarán á la sociedad mas que unas treguas cortas y desasosegadas con la vista de una nueva ruptura, y de la continuacion interminable de nuevos debates. Cuando Hume, á pesar de su entusiasmo por sus instituciones patrias, graduó la constitucion de Inglaterra de *constitucion turbulenta*, flotante siempre entre la democracia y la mo-

narquía (9), definió todas las constituciones mixtas con la mayor exactitud.

Aun aquel espíritu de innovacion tan general en nuestro siglo, de que hemos hablado, y que no permite que ninguna constitucion política se consolide, es una consecuencia del gobierno mixto y del sistema de la soberanía popular; porque donde el pueblo se considera soberano, no hay leyes, hasta las fundamentales, que no dependan de su arbitrio y voluntad. ¿ *Quien puede negar al pueblo*, dice Rousseau, *la facultad de variar aun sus mejores leyes*? Mas sentada esta autoridad ¿quien impedirá que se haga uso de ella? Porque debe tenerse presente que los hombres son de suyo *optimistas*, y optimistas en mal sentido: es decir, que aun dado caso que reconozcan el fondo de sabiduría y equidad de las leyes establecidas, rara vez sin embargo reconocen su entera perfeccion; de donde nace que siempre hallen en ellas que mejorar. Y este optimismo sube de punto á medida que los hombres se hacen razonadores; por manera que cuando el prurito de examinar y discutir las leyes llega á generalizarse en un pueblo, el optimismo viene á ser el único blanco á donde se encaminan todos los discursos y á que aspiran los deseos de todos, sucediendo lo que en los pueblos extremadamente cultos con las artes, que nada acomoda sino lo absolutamente perfecto. Pero en tales circunstancias ¿como es posible que nada dure? ¿como es posible que permanezcan aun las leyes mas meditadas?

Y lo peor es, que las variaciones legislativas pue-

(9) Hume, hist. de Ingl. reino de Carlos I.º

den ser tales en este sistema , que salgan fuera de todo límite y de toda regla , pues el pueblo soberano no se contenta con la soberanía de los monarcas , ni se presta á reconocer como estos un término de su poder. Por fin los monarcas confiesan llenamente que el uso de su autoridad está circunscrito por las reglas de la recta razon , y que en chocando con ellas , sus mandamientos son por sí nulos : mas *el pueblo* , como decia Jurieu , *no tiene necesidad de tener razon para dar valor á sus actos* ; porque en efecto á una resolucion que presenta el resultado de la voluntad general , contenga esta resolucion lo que quiera , nada le falta para ser reputada por verdadera ley. Asi en realidad el pueblo usurpa un poder arbitrario , pues que no hay otra medida de este poder , que su voluntad , ni hay regla alguna de que su voluntad no pueda prescindir. Por él es por quien se ha dicho con rigurosa precision : *Sic volo , sic jubeo , sit pro ratione voluntas*.

Pues esta inconsistencia y desasosiego , este choque perpetuo , este cáncer democrático , que por fin come y absorbe todo lo demas , y que son cosas que dimanen necesariamente del gobierno mixto , no se compensan ciertamente con las virtudes que se le atribuyen.

El gobierno mixto , se dice , destierra de los estados el despotismo y arbitrariedad de los reyes , y lo sujeta todo á la regularidad de la ley ; mas basta lo que acabamos de decir , para echar de ver , cuanto dista esto de la realidad. Quien verdaderamente admite en su seno un poder arbitrario é ilimitado , un poder que no osaria reclamar el monarca mas absoluto , un poder exento de toda regla y de la ra-

zon misma , es el gobierno mixto , asi como todo gobierno popular ; y la experiencia confirma plenamente la teoría en esta parte. ¿ Que monarca , por ejemplo , se habria creído autorizado para arrojar á la calle de un golpe todos los monges de España , y apropiarse todos sus bienes , sin otra razon que porque asi lo juzga conveniente ? ¿ Cual para despojar á todas las iglesias y conventos de sus propiedades , y aplicarlas al erario con el mismo pretexto ? ¿ Cual para abolir los diezmos y suprimir un mandamiento de la santa madre iglesia ? ¿ Cual asi mismo para abrogar todas las contribuciones antiguas y establecer otras nuevas y desconocidas , é incomparablemente mas pesadas ? Cualquiera de estos pasos , intentados no mas , en tiempo de Carlos IV y bajo el imperio de Godoy , habria puesto en conmocion la nacion entera , y habria hecho llegar á las manos y oidos del príncipe mil exposiciones que uniformemente le habrian repetido : *Señor : no puede hacerlo V. M.* Y sin embargo las cortes , despues de decretar el conjunto de tan extraordinarias innovaciones , nos anuncian muy frescamente que no han hecho mas todavía que dar los primeros pasos en el largo camino de las reformas que se han propuesto correr.

Otra de las ventajas que se suponen á esta especie de gobierno , es la de limitar los impuestos á las necesidades del estado y á la posibilidad de los contribuyentes. Pero ¿ basta esto para que los pueblos sean felices ? Montesquieu observa con mucha razon (10), *que las rentas públicas no deben medirse por lo que el pueblo puede dar , si es por lo*

(10) Esprit des lois , lib. 13 C. I.º

que debe dar : y que si se miden por lo que puede dar , es preciso que á lo menos se cuente con lo que puede dar siempre. Y aunque por otro lado sea necesario llenar las necesidades públicas , tambien es necesario como nota el mismo autor , no confundir las necesidades verdaderas con las que no lo son. Y sobre todo , si las necesidades procediesen meramente de la forma particular de este gobierno , esta circunstancia sola haria disminuir hasta lo sumo su reputacion ; pues ella sola pondria al pueblo en la necesidad de contribuir con mas de lo que debe , y aun acaso con mas de lo que puede. Si al pueblo se le diese á escoger entre pagar diez interviniendo en la determinacion de los impuestos , ó cinco sin intervenir en ella , bien seguro es que abrazaria este último partido. He aqui pues , lo que conviene examinar. ¿ El gobierno mixto es por sí mas costoso , exige mayores contribuciones que el monárquico ? Mas esta cuestion puede decidirse muy pronto , y sin réplica. Véase lo que pagaba la Francia en tiempo de Luis XVI , y lo que paga en el dia ; véase lo que pagaba España antes de la invasion de Bonaparte , y lo que debia pagar en virtud de lo decretado por las cortes de Cadiz ; lo que pagaba anualmente desde 1814 hasta 1820 , y lo que debe pagar despues para cumplir con las determinaciones del congreso , y nada quedará que decir. ¿ Que le importa al pueblo que se le diga , que es lo que paga , porque paga , y como y en que se gasta lo que paga , si para todas estas operaciones necesita crear congresos , y diputados , y oficinas , y mesas , y una langosta de empleados que lo devora á título de satisfacer su curiosidad ? Pues esto es cabalmente en

todas las potencias donde se ha establecido el gobierno parlamentario : todas á una voz se quejan de la enormidad de los impuestos , todas reconocen la imposibilidad de llenarlos , y todas miran los tiempos de sus antiguos gobiernos como los tiempos de los patriarcas.

Es cierto que en el dia hay circunstancias particulares que han debido aumentar el peso de los impuestos independientemente de la forma de gobierno , en todos los estados de Europa ; pero tambien lo es que la forma de gobierno contribuye por sí sola á su aumento ó disminucion. Aun prescindiendo de los mayores gastos que necesariamente lleva consigo la mayor publicidad de la administracion en todos los ramos que es propia de este gobierno mixto , los mismos reyes en sus grandes apuros , y cuando han necesitado exigir de sus vasallos contribuciones extraordinarias , en vez de echar mano de su poder supremo , han preferido por lo comun el recurrir á la buena voluntad de los pueblos , porque han conocido bien , que este era el medio mas seguro de salir del paso. El pueblo es mezquino cuando le exigen , pero es generoso cuando da libremente. La constitucion de Inglaterra ha debido acaso su incremento y el ser que hoy tiene , á las extremadas y frecuentes estrecheces que han padecido sus reyes. Y sin salir de nuestra casa , la historia tanto de Aragon como de Castilla , nos da materia inagotable de reflexiones sobre este asunto. Hasta el reynado de Felipe II , las cortes de una y otra corona puede decirse que se tocan , y no puede ponerse en duda que el asunto de todas ó casi todas ellas era el otorgamiento , donativo ó servicio

que debia concederse al rey. Es decir , que mientras nuestros reyes necesitaron cantidades desproporcionadas á las fuerzas del pueblo , el medio de obtenerlas , era hacerle árbitro de la necesidad. Mas llegaron los caudales que la América desaguaba sin interrupcion en nuestro erario , y he aqui que las cortes empiezan á escasear desde luego , hasta que por último quedan orilladas y sin uso. Los reyes en esta omision de juntarlas , habrán podido llevar , y habrán llevado en efecto , otras miras políticas : mas por eso no dejará de ser cierto , que desde que ellas desaparecieron , y desde que la nacion dejó de determinar sus donativos , las contribuciones del pueblo español han sido tenuísimas. Puede mirarse sin duda como regla general , que la convocacion del pueblo ó de sus diputados para el señalamiento de los impuestos , es un indicante de la enormidad de los gastos públicos ; y que el gobierno que prescribe esta convocacion como una de sus leyes fundamentales , está convencido desde un principio de que el pueblo tendrá que contribuir bajo sus auspicios , con lo que la autoridad mas extendida se consideraria incapaz de exigirle directamente.

Bien consideradas , las dos ventajas de que acabamos de hablar , son dos vicios del gobierno mixto disfrazados con el nombre de virtudes. No puede decirse lo mismo de otras de que él se gloria ; mas por su desgracia , no le son tan peculiares que no se encuentren tambien en las monarquías puras , como , por ejemplo , la responsabilidad de todos los empleados públicos , con lo cual se procura la buena administracion de la república , y se abre una puerta anchísima al verdadero mérito ; la facultad de todo

ciudadano para dirigir al gobierno las observaciones que juzgue convenientes á fin de promover el bien comun ; la seguridad personal y real ; la inviolabilidad de la ley y la igualdad de todos delante de ella. Contrayéndose especialmente á España, todos estos puntos y otros varios que se apropiaria privativamente el gobierno mixto, estan fijados en sus leyes á maravilla ; y nada falta en ellas de cuanto puede prometer una nueva carta semejante á la de Francia ú Holanda, y aun la constitucion inglesa.

Mas sin pasar á hablar de estas cosas en particular, no olvidemos que las sociedades asi como todas las obras de la naturaleza, estan sujetas á la ley general, que las conduce insensiblemente á su perfeccion, es decir á la unidad, sin la cual no es posible hallar consistencia en nada. « El gobierno « (decia Juan Jacobo Rousseau) pasa de la democracia á la aristocracia, y de esta á la monarquía : « *esta es su inclinacion natural*, y el progreso inverso es imposible. » Para no reconocerlo asi, es menester no haber echado jamas los ojos sobre la historia ; porque no ha existido ni existe pueblo alguno cuya marcha no haya seguido este rumbo mas ó menos rápida y directamente, y que no haya manifestado en sus mismos extravíos el obstáculo insuperable contra que luchaba : y aunque las luces y los talentos y la opinion misma se hayan empeñado en derogar á esta ley, la naturaleza ha mantenido el campo contra todos, y al cabo la victoria ha quedado por ella. La historia moderna nos ofrece sobre todo los dos ejemplares de Polonia y de Francia, que deberian ser materia constante de nuestras mas serias meditaciones. Y dejando aparte por ahora por

no alargarnos demasiado , los sucesos de la primera nacion , limitémonos á la revolucion francesa , como á la prueba mas real de cuanto vamos diciendo. Disgustados los filósofos á que estaba entregada la Francia desde mitad del siglo XVIII, de la monarquía establecida en su patria hacia mil y cuatrocientos años , se congregaron en 1789 con el objeto de dejar á la posteridad un modelo de gobiernos , un monumento de la sabiduría de sus autores , y un testimonio irrefragable de los progresos de que el espíritu humano era deudor á la filosofía. Principióse la obra por remedar la constitucion inglesa ; pero una imitacion servil pareció desde luego poco decorosa al siglo de las luces y de los adelantamientos. Los ingleses pudieron parecer libres hasta que J. J. Rousseau apareció en el teatro de los escritores ; mas desde entonces estaba demostrado , que les faltaba mucho para serlo. Tratóse pues de acercarse mas á las ideas de este corifeo político , y de un paso en otro se fué viniendo hasta llevar al patíbulo al rey y á la dignidad real , y erigir la república una é indivisible. La elocuencia agotó sus recursos para celebrar este triunfo de la libertad , y la fortuna se empeñó en cercar de gloria el nuevo gobierno : el ruido de sus armas llenó de espanto la Europa entera , todos sus enemigos se vieron deshechos casi instantaneamente , y la Francia adquirió en pocos años todo la extension á que aspiraba en vano hacia tres siglos. Sin embargo la naturaleza no dejó de reclamar sus derechos , y de protestar contra este retroceso político contrario á sus leyes ; y á pesar de los triunfos , y de la fuerza , y de la opinion , no le faltaron medios de hacer sentir á los orgullosos re-

publicanos, que era preciso volver atrás ó perecer. Creyeron estos poder eludir estas reclamaciones con variaciones accidentales; mas la naturaleza no se deja engañar ni capitula: los hombres tuvieron que doblarse mal de su grado, y el directorio no pudo prescindir de entregar la nacion á Bonaparte, instrumento muy principal de la revolucion, y personage indispensable para preparar la vuelta de la monarquía legítima.

¿Quien no ve en los pasos de esta revolucion la historia de lo que sucederia en España, si este pueblo admirable no se resistiere tan abiertamente á dejarse arrastrar por el mismo camino? La monarquía es en ella tan antigua como en Francia; y aun puede decirse, que el espíritu monárquico se ha desplegado alli desde un principio con mayor energía, pues la vemos correr con mucha mas celeridad hácia su perfeccion, y reunir todas sus partes y consolidar la autoridad real con anterioridad. Y hay además la diferencia considerable de que en los treientos años últimos, mientras el protestantismo sembraba en Francia gérmenes de division y de ruina contra la autoridad; en España, la guerra constante declarada á las novedades religiosas, consolidaba mas y mas el poder real, hasta poner su unidad á cubierto de todo ataque: y así mientras el gobierno frances se veia obligado á conceder capitulaciones y á tolerar á los protestantes, nosotros no satisfechos con cerrarles la entrada de nuestra casa, llevabamos al último punto nuestra unidad religiosa, y fortalecíamos la política con la expulsion de los moriscos. De aqui ha dimanado, que tanto nuestra constitucion como nuestras costumbres y leyes, sean eminentemente monár-

quicas ; y de consiguiente , que nos hallemos tan adelante en la carrera política que naturalmente conduce los pueblos de la division á la unidad , que no nos sea posible retroceder sin ponernos en contradiccion con la naturaleza , y sin exponernos á sufrir todos los males que ella descarga sobre cuantos tienen la temeridad de declararse sus enemigos : males insoportables por su intension , y tan duraderos como la resistencia que los causa ; pues como dice muy bien Rousseau : « Cuando el legislador
« anda engañado acerca de los principios , el estado
« no puede dejar de estar agitado hasta que la invencible naturaleza recobre sus derechos. »

No quiera equipararse aqui la historia entera de la revolucion de Francia con la de la nuestra , para deducir que pues ambas son lo mismo en sus principios y progresos , deben ser tambien idénticas en el fin. Los principios morales , ó mas bien inmorales , que han promovido y dirigido nuestra revolucion , han sido sin duda alguna los mismos que los que animaron la revolucion francesa , pues la identidad de la marcha y de los sucesos de una y otra estan manifestando á las claras la identidad de la causa de donde proceden. La filosofía hizo la revolucion de Francia , y ha hecho la de España ni mas ni menos : pero la filosofía habia adquirido otra extension y otro ascendiente allá que acá. A la otra parte de los Pyrneos habia sabido propagarse desde los primeros hasta los últimos rangos , desde la corte hasta las aldeas y caserios , y habia fascinado con su ilusion y con sus promesas , á grandes y pequeños , á ricos y pobres , á los mismos cuya ruina estaba preparando : de donde resultó , que aquella revolu-

cion fué una obra verdaderamente nacional, obra á que concurrió generalmente el pueblo frances, sea con su consejo, sea con su accion, sea con su aprobacion. Mas entre nosotros, los progresos de la filosofía no han podido extenderse, á lo menos notablemente, fuera de ciertos cuerpos literarios que se pueden señalar con el dedo, y de ciertas clases en que la corrupcion de las costumbres habia preparado el camino al trastorno de las ideas: pero otras clases, pero la inmensa mayoría y el verdadero cuerpo de la nacion, no solo se ha mantenido exento del contagio, si es que le ha mirado con horror, tomando cuantas medidas ha juzgado oportunas para precaverse de él y para extinguirlo, desde que le vió tomar cuerpo en sus hogares. Nuestra revolucion no tiene nada de nacional: engendrada por los extraños, echada á la luz del mundo por cuatro teoristas acalorados, fomentada por un puñado de gentes perdidas desde sus cuevas tenebrosas, y llevada al cabo por una porcion de tropas descarriadas; su carácter proprio es el de una agresion contra la nacion, el de una conquista intentada de la nacion. ¿Y acaso lo han disimulado sus autores? ¿Que quieren decir los himnos potrióticos al canto de los cuales se ha publicado, se ha sostenido y se pretende sostener el nuevo régimen? ¿Que quieren decir los *trágalas*, y los *lairones*, y otras canciones de las llamadas patrióticas, en que al entusiasmo y urbanidad españoles, se ha substituido toda la rusticidad, la ferocidad, la bestialidad de los cafres? ¿Puede expresarse mas terminantemente, que la nacion ha de tragar mal que le pese, la constitucion que se ha antojado á los soldados im-

ponerle , y que el que resista tiene ya pronunciada contra sí la sentencia de exterminio ? ¿ Quien es capaz de encontrar la mas mínima diferencia entre la propagacion de la constitucion y la del alcoran ? Y esto no obstante la nacion , sin intimidarse con retos y amenazas ; sin que la abata el ver en manos de los usurpadores su gobierno , sus caudales , su crédito , sus plazas fuertes , el ejército mismo creado á buen seguro con objeto bien diferente ; sin reparar en el estado de indefension ó mas bien de cautiverio á que le ha reducido la perfidia mas inaudita : sacude enérgicamente por todas partes sus miembros encadenados , levanta su cerviz indomable , da un grito de guerra que se hace oir del un cabo al otro de la Europa , cierra con sus opresores , y desde el principio de la lucha , ostenta ya á los ojos de todos los observadores la seguridad del triunfo. Nunca ha tenido España tan en el corazon sus antiguas leyes y costumbres como en el dia ; nunca ha manifestado mas odio á las novedades ; nunca por consiguiente ha estado menos revolucionada. El rey está preso : pero su dignidad está libre , triunfante , colocada en el trono , sostenida por la lealtad , por el amor , por la constancia , que no quebrantaron siete siglos de morisma , ni todos los furores de Bonaparte. Y en esta conyuntura ¿ seria prudencia proponerla una transaccion en cuya virtud se pusiese en manos de sus enemigos , á lo menos en el fondo ?

Pensar pues , en dar hoy á los españoles una carta semejante á la francesa , es nada menos que pretender violentar la naturaleza de las cosas y la voluntad mas decidida de una nacion recomendable por mil

títulos. Porque (no nos detenemos en repetirlo) la voluntad de la nacion se expresa manifestamente por medio de las divisiones realistas, que curan sus enfermos y heridos sin necesidad de hospitales; que envian un hombre solo de una á otra extremidad del reino, y encuentra seguridad y direccion por entre las redes tendidas por todas partes por los opresores; que crecen en razon exacta del armamento que pueden procurarse; que en medio de la falta casi total de pertrechos, sin disciplina, sin fuertes que las cubran, y á pesar de la táctica, del furor y del terrorismo de sus enemigos, triunfan mil veces, se sostienen otras, y siempre se rehacen y aumentan; que son el asilo de todos los desventurados á cuya religion ó virtud no queda ya guardada en aquella tierra clásica del catolicismo y de la generosidad; que presentan, en una palabra, las mismas idénticas señales del apoyo nacional, que la division de este Mina que hoy las persigue, presentaba en tiempo de la invasion de Bonaparte. Estas divisiones que desde el momento en que oyeron el nombre de la regencia puesta al frente de la principal, corrieron todas unánimemente á ponerse bajo sus órdenes; sin que las arterias y maquinaciones inexplicables de sus enemigos domésticos y forasteros, hayan podido dividir las entre sí, ni separarlas de su propósito; entregándose sin reserva en brazos de aquellos ilustres españoles, cuya primera operacion al tomar el gobierno, fué declarar á la faz del mundo, que el único objeto de sus esfuerzos seria poner en libertad al rey, para que cercado de sus antiguas cortes, dispusiese conforme á las leyes fundamentales, lo que juzgase mas conveniente á las

necesidades de sus pueblos : es bien seguro que ni se excitaron á tomar las armas por opiniones é intereses personales , ni pensaron tampoco jamas en arreglar un gobierno conforme á sus ideas particulares y á su conveniencia privada. Por lo mismo es claro que el fundamento de su empresa nada tiene de comun con el de la rebellion que dió la ley al rey , y ha tratado de darla á la patria. « Sea libre » (dijeron) S. M. , y que mande : » para sí , no se han reservado mas en premio de sus hazañas y fatigas , que el consuelo de postrarse delante de los altares que levantaron sus mayores , la satisfaccion de verse á la sombra de leyes cuya bondad tienen conocida , y el gusto de acreditar á sus monarcas su lealtad y su pronta obediencia. Dios , patria , rey , religion , leyes , *legitimidad* : estos son los incitamentos que han armado las manos de esta milicia. ¿ Que otra milicia se ha armado por títulos , ni mas nobles , ni mas justos , desde el principio de las sociedades ? Cuando la relacion de los movimientos de los realistas de España , haya llegado al augusto congreso de los monarcas cuya energía restituyó á la Europa el orden , y con él la civilizacion ; no puede ponerse razonablemente en duda , que habrán reconocido en ellos el mismo espíritu que produjo los de 1808 y que fueron la aurora de la libertad del mundo , el mismo desinterés , la misma nobleza , la misma intrepidez y resolucion , los mismos objetos. Y cuando los hayan mirado con los mismos ojos ¿ será posible que los hayan acogido con diferentes entrañas ? La generosa política de sus gabinetes es conocida. Para ellos , asi como hay relaciones sociales , y de consiguiente obligaciones y derechos mutuos entre las familias y

la ciudad, entre las ciudades y la provincia, entre las provincias y la nacion; asi tambien los hay entre las naciones y la sociedad general del género humano. Ciceron y tantos otros filósofos, no pronunciaban una opinion de secta, una frase oratoria, una figura poética, cuando decian la *sociedad del género humano*; porque existe esta sociedad, y por lo mismo sus relaciones, sus derechos, y sus obligaciones mutuas: la razon lo demuestra, y el evangelio, y sus primeros anunciadores, y la iglesia católica entera lo confirman. *Existe una sociedad general donde estan encerradas todas las sociedades particulares*: verdad sublime, y verdad consoladora al mismo tiempo; verdad por la cual las naciones, reconociendo un padre y una autoridad superior, salen del aislamiento en que la filosofía pagana y la política moderna han querido colocarlas, y pasan á ser hermanas de una misma familia, y los individuos de un estado se enlazan íntimamente con los individuos de todos los demas. Desde este momento los bienes y los males de todos los hombres entran en cierta especie de comunidad, y el padre entra á la participacion de todos ellos: desde este momento ciertos males de los individuos y de las naciones, excitan en el resto, no solo los sentimientos de una estéril compasion, mas la energía de una autoridad vigente; y una nacion puede prometerse, no solo la amistad y alianza de todas en sus tiempos tranquilos y en que menos necesidad tiene de ellas, si es su apoyo y su intervencion en los tiempos aciagos de turbulencia y desventura. Todo nos mueve á creer, que el acento de los realistas españoles habrá penetrado el corazon de los monar-

cas, y excitado en ellos, no los sentimientos cortes y los frios afectos de la *filantropía* filosófica, mas el calor que excitan en los gefes de las ramas de una generosa familia, la opresion y las desgracias de una de ellas, y mas cuando sus desdichas estan realzadas por una conducta noble y sin tacha. Entonces á la resistencia de la naturaleza y de la voluntad de la nacion española, es indispensable añadir el apoyo que la naturaleza y los españoles deben encontrar en la santa alianza. Y supongamos, que asi como á los rebeldes se les han prodigado caudales inmensos para consumir su atentado, sin mas que el nombre y la sombra del mismo gobierno de que hicieron presa, se facilitase á los realistas, ó caudales equivalentes, ó armas por lo menos y municiones para dar cabo á su empresa heroica, empresa que encierra seguramente, todo cuanto una nacion tiene y puede tener de mas sagrado; ¿ que no podria esperarse de sus esfuerzos? ¿ Que seria á estas horas de la rebelion, si hace un año hubieran podido contar con estos auxilios? ¿ Quien podria calcular la suma de resistencia que serian capaces de oponer á los enemigos de sus antiguas leyes? Mas aquella suposicion es muy probable cuando menos, que se realice: y en semejante caso, la oposicion que hallaria el establecimiento de una nueva carta, constitucion, ó fuero fundamental, podria medirse facilmente por la que encontró la regeneracion política intentada por Bonaparte.

FIN.

... y escrito en ellas, en los siguientes car-
 tón y los tres de la...
 mas el color que... en las...
 de una... familia, la... y la...
 cos de una... y una...
 esion... por una...
 f... a la... de la...
 volunt... de la...
 an... el... que la...
 de... en la...
 por... a las...
 cas... por...
 mas que el... y la...
 de que... por...
 o... op...
 man... por...
 em... que...
 una... tiene y...
 que no... de las...
 que... de la...
 p... con...
 p... la...
 p... a los...
 y... es...
 la... y en...
 p... el...
 p...
 p...



